

GUÍA DE LECTURA

Manifiesto del
Partido Comunista

K. Marx y F. Engels



I. INTRODUCCIÓN

II. SOBRE LOS PREFACIOS

- Prefacio a la edición alemana de 1872
- Prefacio a la segunda edición rusa de 1882
- Prefacio a la edición alemana de 1883
- Prefacio a la edición alemana de 1890
- Prefacio a la edición polaca de 1892
- Prefacio a la edición italiana de 1893

III. SOBRE EL CAPÍTULO 1º, BURGUESES Y PROLETARIOS

IV. SOBRE EL CAPÍTULO 2º, PROLETARIOS Y COMUNISTAS

V. SOBRE EL CAPÍTULO 3º, LITERATURA SOCIALISTA Y COMUNISTA

VI. SOBRE EL CAPÍTULO 4º, ACTITUD DE LOS COMUNISTAS ANTE LOS OTROS PARTIDOS DE LA OPOSICIÓN

Introducción

El objetivo de este documento es ofrecer una serie de matices históricos, explicaciones y una breve profundización de la teoría que aparece en el Manifiesto del Partido Comunista. Aunque se recogen las tesis principales de cada apartado, no se trata de un resumen, sino de un conjunto de añadidos para comprender mejor este texto y su contenido. Por ello, se intenta respetar siempre el orden de exposición de los temas y la estructura de capítulos de la obra. Esto significa que el valor de esta guía solo se realiza si acompaña a la lectura del Manifiesto del Partido Comunista, pues en ningún caso lo sustituye, sino que pretende completarlo y darle contexto.

Publicado en 1848 como encargo de la Liga de los Comunistas, se considera el primer gran texto del comunismo científico. Sería un documento divulgativo en el que se situarían sus posiciones fundamentales e iniciales. El Manifiesto del Partido Comunista es evidencia de cómo, desde un primer momento, la elaboración teórica del marxismo no se daba en salones, sino que estaba indisolublemente ligada a la praxis política del proletariado. Su función no se agotaba en la discusión intelectual, sino que buscaba proveer al proletariado de una guía para la acción. Con ello, se cumplía una de las máximas más conocidas de Marx: hasta el momento, los filósofos se han encargado de comprender el mundo, pero de lo que se trata es de transformarlo.

Como texto dirigido fundamentalmente a una difusión propagandística, no es un estudio pormenorizado de los fenómenos y categorías que en él se exponen, desarrollándose posteriormente estos de formas más profunda y mejorada en otras obras. Por ello consideramos necesario establecer un vínculo con dicho desarrollo posterior, enriqueciendo el documento con algunas aportaciones y explicaciones.

Por último, decir que todas las citas que aquí aparecen se corresponden con las páginas de la edición del Manifiesto del Partido Comunista digitalizada por los CJC, disponible en el apartado Trifón Medrano de nuestra página web: <https://formacion.juventudcomunista.es/>

Sobre los Prefacios

Prefacio a la edición alemana de 1872:

En este prefacio, como en los posteriores, se subraya la importancia del factor histórico a la hora de interpretar el Manifiesto del Partido Comunista. Su descripción de la sociedad, así como los principios que en él se defienden, ya necesitaban ser actualizados veinticuatro años después de su publicación. Pero, como nos dice el autor, lo esencial de la propuesta comunista seguía siendo válido, aunque el paso de los años haya modificado la forma concreta que reviste la sociedad capitalista. ¿Cómo se puede afirmar eso? Porque la naturaleza de las relaciones económicas burguesas sigue siendo la misma y, con ello, el análisis general permanece. Las características de cada país, de sus partidos políticos, las condiciones concretas de sus clases sociales, etc., es algo que está en constante cambio y desarrollo, pero la naturaleza de las relaciones de producción es esencialmente la misma. Con ello, el camino para la liberación de la clase obrera también. De ahí que, al mismo tiempo que el Manifiesto del Partido Comunista queda «desfasado», también podamos seguir afirmando que es elementalmente válido.

Prefacio a la segunda edición rusa de 1882:

Aquí el autor hace honor a lo anterior: expone la serie de cambios que, tras más de treinta años desde la publicación original del texto, han ocurrido en los países del capitalismo desarrollado. También hace una afirmación muy importante: Rusia (en ese momento) es un país cuyas características sociopolíticas permitirían dar el salto al socialismo-comunismo desde el feudalismo, sin tener que atravesar de forma necesaria la etapa histórica del capitalismo (aunque no sin llevar a cabo el necesario desarrollo de las fuerzas productivas desde el nuevo poder, claro). La importancia de esta afirmación reside en que ataca de raíz una de las desviaciones más habituales en el marxismo: el determinismo. Cuando Marx y Engels hablan de que el desarrollo de las sociedades atraviesa distintos modos de producción sucesivos, cuya condición de posibilidad nace en el seno del modo de producción previo, se tiende a interpretar que, necesariamente, las sociedades deben seguir un esquema determinista: esclavismo > feudalismo > capitalismo > socialismo-comunismo. Ese determinismo diría que, si una sociedad es feudalista, no podría construir la sociedad comunista sin haber sido antes capitalista. Pero esto es falso. No hay una fuerza mística de la «historia» a la que los seres humanos estemos plegados, como receptores pasivos. Por el contrario, la historia la hacemos nosotros mismos y el conocimiento consciente de nuestras sociedades, a través de la ciencia social, nos permite transformar nuestro mundo a relativa voluntad. La única condición necesaria para la construcción de la sociedad comunista es un cierto grado de desarrollo de las fuerzas productivas y de los medios de producción —y ese es el

sentido del esquema histórico propuesto por Marx y Engels—, que, si bien se produce de manera «natural» en el modo de producción capitalista, también puede producirse mediante la acción consciente y planificada de los seres humanos, sin ninguna obligación de atravesar esquemas históricos predeterminados.

Esto se puede relacionar con la siguiente afirmación, también de Marx: *«la humanidad se propone siempre, únicamente, los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando las condiciones materiales para su realización»*¹. En Rusia podían plantearse esa transición del feudalismo al comunismo porque ya existía una cosmovisión revolucionaria que enunciaba los requisitos materiales previos y los pasos a seguir, así como un desarrollo global del capitalismo que fundamentaba la posibilidad material de realización del comunismo, pese al atraso específico de Rusia. El principal factor diferencial de este país era el grado de preparación político-ideológica de las masas y de desarrollo del movimiento revolucionario, que suponía la posibilidad de que se implantase un gobierno revolucionario, que, después, de manera consciente y gracias al entendimiento del desarrollo capitalista en otras partes del mundo, pudiese desarrollar aceleradamente las fuerzas productivas y los medios de producción necesarios para la construcción del socialismo-comunismo. No se requerirán las mismas medidas para llegar al comunismo si partimos de un tipo de sociedad o de otra, y países como Rusia iban a tener que forzar un determinado desarrollo material que ya

¹ Marx, K. (1859). *Crítica de la economía política*. Prefacio.

estaría ahí de haber sido un país capitalista avanzado, pero no hay ningún tipo de obstáculo histórico-trascendente. Así, un alto grado de desarrollo del movimiento revolucionario e implantación del comunismo científico era una condición suficiente para la transición al socialismo-comunismo, siempre teniendo presentes los pasos extra que habría que dar en las condiciones concretas de la Rusia del momento.

Prefacio a la edición alemana de 1883:

El autor nos explica aquí que la necesidad de actualización del Manifiesto del Partido Comunista ya es patente, pero que no tendría ningún sentido reelaborarlo, porque queda como documento histórico. Debemos entender que el entramado ideológico del comunismo científico no puede basarse en un único texto, al estilo evangélico, sino que debe desarrollar permanentemente su contenido según el método científico. No tenemos análisis absolutos y definitivos, porque nuestras sociedades están en permanente cambio y nuestro conocimiento de las mismas se sigue perfeccionando. Pero esta evolución no quita que la esencia de las relaciones de producción capitalistas haya permanecido invariable y, con ello, que aún sigan teniendo validez las tesis más generales de nuestro movimiento, planteadas hace ya tanto tiempo. De entre ellas, el autor destaca dos tesis fundamentales:

- El motor de la historia es la lucha de clases
- El proletariado no puede emanciparse si no es acabando de una vez por todas con cualquier clase social, con cualquier explotación; sin acabar con la propia lucha de clases.

Prefacio a la edición alemana de 1890:

Lo relevante de este prefacio es la distinción entre «socialista» y «comunista». Nosotros, aunque hablemos del socialismo, no nos declaramos movimiento socialista. Esto es resultado de los derroteros del movimiento revolucionario a lo largo de su historia. Ser «socialista» es algo cargado de ambigüedad, tanto entonces como ahora. Por ello, Marx y Engels quisieron, desde un primer momento, diferenciarse de las corrientes burguesas, y reaccionarias en general, denominándose «comunistas». Los comunistas eran, en ese momento, un movimiento muy primitivo, pero esencialmente obrero. Por ello, como declaración de intenciones, se adoptó esta denominación. Ya tiempo después del fallecimiento de ambos autores esta distinción se consumó, tras la bancarrota de la II Internacional, donde los partidos socialistas/socialdemócratas renunciaron al internacionalismo proletario y apoyaron la guerra imperialista. Surgieron entonces los partidos comunistas, como entidades diferenciadas y adscritas a la teoría revolucionaria.

Prefacio a la edición polaca de 1892:

Lo que se puede rescatar de este prefacio es cómo Engels conecta el desarrollo de la industria con el incremento de las ideas de corte socialista entre la clase obrera de un país dado. Polonia, en este caso. Dado este aumento, la demanda de copias del Manifiesto del Partido Comunista aumentó, lo que motivó la reedición polaca de 1892. Lo que nos enseña

este prefacio es, precisamente, cómo la difusión del socialismo y comunismo, concretamente su vertiente científica (esto es, el marxismo), está inseparablemente conectada con el desarrollo de las condiciones materiales. No depende, a priori, de la conciencia de los hombres y mujeres, sino del desarrollo de las clases sociales propias del régimen burgués y, por ende, del desarrollo de la lucha de clases. En resumen, la política del proletariado no es cuestión de utopía sino de las condiciones materiales, que siempre están históricamente determinadas —siempre teniendo presentes todas las precauciones necesarias contra el determinismo a la hora de entender esto último—.

Prefacio a la edición italiana de 1893:

Aquí, Engels nos ofrece un recorrido por los cambios acontecidos en Europa durante las últimas décadas, en lo que respecta al desarrollo del proletariado y de su conciencia política. Resulta interesante en el mismo sentido que el prefacio anterior: la importancia de las condiciones materiales y el desarrollo histórico. Más allá de eso, ofrece poco nuevo que resaltar que no se haya destacado ya en prefacios previos.

Sobre el
capítulo

1º,

Burgueses y proletarios

El Manifiesto del Partido Comunista nos dice que la historia de las sociedades que hasta ahora han existido es la «historia de la lucha de clases». Así lo expresan los autores, en la página 15 de nuestra edición:

«La historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases. Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, señores y siervos, maestros y oficiales, en una palabra: opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante, veladas unas veces y otras franca y abierta; lucha que terminó siempre con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o el hundimiento de las clases en pugna».

Los autores mantuvieron esta tesis en obras posteriores, donde recogían el progreso científico del momento. Una de ellas, por ejemplo, es *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*², de Engels, donde se realiza un análisis

² Escrita por F. Engels y publicada en 1884, esta obra es uno de los trabajos de investigación más importantes del teórico alemán. Sirviéndose de los descubrimientos científicos más punteros de su época en lo relativo a las sociedades humanas y su evolución, Engels expone el desarrollo a lo largo de la historia de las sucesivas formas de asociación y cooperación, desde el núcleo

pormenorizado del desarrollo histórico de las sociedades humanas, mediante el estudio de las clases sociales, su origen y sus pugnas; el estudio de la génesis y desarrollo del Estado como órgano de dominación de clase; o el lugar y origen de otras instituciones sociales elementales (por ejemplo, la familia).

Es importante señalar que Marx y Engels declaraban que su tesis de la lucha de clases como hilo conductor de la historia se refería a la historia conocida hasta el momento. El trasfondo de esto es que el marxismo, metodológicamente, entiende que sus concepciones pueden verse modificadas por el continuo desarrollo de la ciencia. Toda nueva pieza de información puede alterar el marco explicativo con el que trabajamos los comunistas. Si bien es harto improbable que las tesis fundamentales, como la de la lucha de clases, se revelen como equívocas tras nuevos descubrimientos históricos, nosotros reconocemos metodológicamente esa posibilidad. El marxismo no es un dogma, sino resultado de la aplicación del conocimiento científico disponible a la interpretación del mundo social, así como el estudio de éste a través del mismo método científico, para seguir elaborando nuevo conocimiento.

Esta lucha de clases es constante. A veces velada, camuflada bajo lo cotidiano y lo que nos parece «natural». Otras veces, es una lucha abierta y clara. Esto es porque la idea de lucha de clases no expresa solo el conflicto político y declarado, o

familiar más elemental hasta el Estado moderno, destacando el papel de la propiedad privada en esa evolución y la consiguiente lucha de clases y explotación del hombre por el hombre. Si bien las referencias científicas en las que se basa la obra hoy han quedado oxidadas en muchos casos, y muchas de sus conclusiones requieren matización o corrección, esta obra sigue siendo un ejemplo sin parangón de la aplicación del materialismo histórico en una investigación científica concreta.

la lucha de resistencia, sino que expresa la naturaleza de las relaciones sociales allí donde existen clases sociales. Unas clases siempre existen gracias a las otras; y las otras viven como viven a causa de que unas viven de ellas. Esta lucha, antes o después, termina o bien con la transformación revolucionaria de la sociedad, donde una clase se impone a otra, o bien con la derrota de las clases explotadas, perpetuándose el estado de cosas. Pero, en el caso de la revolución proletaria, hay un matiz importante a la hora de comprender esta dinámica histórica: el socialismo-comunismo no será la enésima vuelta de tuerca donde se sustituye una clase por otra, sino que será la supresión de toda clase social. Será la reconstitución consciente de la sociedad humana y, con ello, el fin de la lucha de clases, de toda explotación de una clase por otra. Esto quedaría señalado por Marx y Engels unas cuantas páginas después, en la página 25 de nuestra edición, que dice así:

«Todos los movimientos han sido hasta ahora movimientos realizados por minorías en provecho de minorías. El movimiento proletario es un movimiento propio de la inmensa mayoría en provecho de la inmensa mayoría. El proletariado, capa inferior de la sociedad actual, no puede levantarse, no puede enderezarse, sin hacer saltar toda la superestructura formada por las capas de la sociedad oficial».

El Manifiesto del Partido Comunista dice que, pese a los planteamientos del liberalismo político, la sociedad burguesa, nacida de los escombros de la sociedad feudal, no ha abolido las contradicciones de clase; no ha abolido la explotación y la opresión, sino que la ha revestido de nuevas formas, sustituyéndolas por las suyas propias. Pero, al mismo

tiempo, también ha simplificado esas dinámicas, reduciendo las contradicciones a una gran oposición: la burguesía, en el poder, y el proletariado, subyugado. Quedaría reflejado en la página 15 de nuestra edición. Dice así:

«Dondequiera que ha conquistado el poder, la burguesía ha destruido las relaciones feudales, patriarcales, idílicas. Las abigarradas ligaduras feudales que ataban al hombre a sus "superiores naturales" las ha desagarrado sin piedad para no dejar subsistir otro vínculo entre los hombres que el frío interés, el cruel "pago al contado". Ha ahogado el sagrado éxtasis del fervor religioso, el entusiasmo caballeresco y el sentimentalismo del pequeño burgués en las aguas heladas del cálculo egoísta. Ha hecho de la dignidad personal un simple valor de cambio. Ha sustituido las numerosas libertades escrituradas y adquiridas por la única y desalmada libertad de comercio. En una palabra, en lugar de la explotación velada por ilusiones religiosas y políticas, ha establecido una explotación abierta, descarada, directa y brutal».

La aparición de la sociedad burguesa fue fruto de un largo desarrollo material dentro del feudalismo; fue engendrada por las contradicciones en las relaciones sociales de este último. El desarrollo de las fuerzas productivas en el feudalismo, que devino en un capitalismo incipiente, situó a la burguesía como clase predilecta en lo económico, lanzándola, en último término, a tomar el poder político para construir una sociedad acorde a sus necesidades, donde pudieran desarrollarse libremente las nuevas relaciones de producción: la sociedad capitalista. Partiendo de esto podemos aventurar la definición que hace el marxismo del

Estado: lejos de ser un ente neutral, por encima de todas las clases, y que vela por el bien general, es, bajo el capitalismo, el comité de administración de los intereses de la burguesía. A nadie se le escapa que, en las sociedades modernas, fruto de las necesidades del capitalismo, así como, en concreto, de los rasgos de su período socialdemócrata, el Estado burgués también cumple otras funciones mediante un gran despliegue administrativo y la provisión de determinados servicios o coberturas sociales. A priori, podría decirse que busca garantizar la convivencia entre individuos y promover el bienestar general. Pero el sentido de este hecho es, esencialmente, paliar las contradicciones entre clases, evitando el estallido social, perpetuando, así, la dominación de la clase burguesa. Pese a que la política liberal reconoce, formalmente, muchos derechos individuales y colectivos, lo cierto es que la materialización de este reconocimiento siempre ha dependido de lo circunstancial y de la correlación de fuerzas, es decir, de la capacidad de la clase obrera de arrancar estas condiciones, de mantenerlas y profundizarlas o, desde el otro ángulo, de la necesidad o posibilidades de las clases dominantes de arrebatarse estos derechos y recuperar terreno en su explotación. En resumen, las medidas beneficiosas hacia nuestra clase buscan paliar el conflicto social o han sido arrancadas mediante una dura lucha. En cualquier caso, la aplicación de la legislación sobre derechos políticos y económicos siempre termina siendo tendenciosa, en detrimento nuestro, prevaleciendo los intereses de la burguesía. Aunque el desarrollo de nuestras sociedades ha traído de la mano el progreso en términos materiales, sociales y políticos, donde la sociedad burguesa supuso un salto a todos los niveles respecto de las sociedades precedentes, el alcance de la política liberal-

burguesa ha encontrado su límite siempre en asegurar los intereses de la burguesía, donde nuestra clase es la que siempre sale perdiendo.

El Manifiesto del Partido Comunista continúa y nos dice que la burguesía fue una clase altamente revolucionaria. Destruyó las viejas instituciones y las sustituyó por otras, tanto para bien como para mal. Uno de los rasgos de la sociedad burguesa es el cambio frenético y constante. Los elementos que caracterizan a la sociedad dentro del capitalismo se ven rápidamente sustituidos por otros antes de ver siquiera un atisbo de estancamiento. Es la única forma de que la burguesía mantenga su posición. Esto se expone en la página 18 de nuestra edición, donde dice:

«La burguesía no puede existir sino a condición de revolucionar incesantemente los instrumentos de producción y, por consiguiente, las relaciones de producción, y con ello todas las relaciones sociales. La conservación del antiguo modo de producción era, por el contrario, la primera condición de existencia de todas las clases industriales precedentes. Una revolución continua en la producción, una incesante conmoción de todas las condiciones sociales, una inquietud y un movimiento constantes distinguen la época burguesa de todas las anteriores. Todas las relaciones estancadas y enmohecidas con su cortejo de creencias y de ideas veneradas durante siglos, quedan rotas; las nuevas se hacen añejas antes de llegar a osificarse. Todo lo estamental y estancado se esfuma; todo lo sagrado es profanado, y los hombres, al fin, se ven forzados a considerar serenamente sus condiciones de existencia y sus relaciones recíprocas».

Los autores decían esto en el siglo XIX y, hoy en día, no podemos sino corroborar lo certero de esa tesis, pues es por todos conocido el incesante y frenético «revolucionarse a sí mismo» del capitalismo. En contraste, la sociedad feudal se construía sobre lo perpetuo, sobre la tradición y el simbolismo. En lo económico también. Pero la burguesía sustituyó todo por relaciones económicas y por la productividad. Desde el honor de ciertas profesiones, dejándoles como meros asalariados, hasta los lazos sentimentales en la familia, que bajo el capitalismo ha perdido su previa sacralidad, tomando cada vez más la forma de una relación económica necesaria para la supervivencia y el sustento, la sociedad capitalista puso patas arriba todas y cada una de las instituciones y relaciones sociales precedentes, que se creían inmutables.

Otro gran cambio que trajo la sociedad capitalista fue que los lazos de la burguesía pasaron a extenderse por todo el globo, tendiendo hacia el mercado mundial para poder dar salida a sus productos y mantener su tasa de ganancia. De ahí que, también, limitarnos al marco nacional/estatal para la acción revolucionaria sea erróneo, aunque al mismo tiempo lo tomemos como referencia para estructurar nuestra lucha como clase universal. Sin la coordinación internacional, jamás podríamos romper la dominación burguesa, aunque determinadas condiciones históricas han posibilitado en el pasado experiencias localizadas de poder obrero (que tuvieron que afrontar, precisamente, unas cuantas problemáticas y consecuencias negativas derivadas de su carácter localizado y de otros factores añadidos). Este

carácter internacional no afecta solo a lo económico, sino a lo material y a lo ideal en toda su extensión. Además, la implantación de la sociedad burguesa no es solo fruto de las dinámicas internas de cada nación, de cada comunidad política, sino que la burguesía de otros países se encarga de imponer «la civilización» a los países menos desarrollados, o no alineados, creando un mundo a su imagen y semejanza, y responsivo a sus intereses como clase. Junto al carácter económico y a la internacionalización, la sociedad burguesa se caracteriza también por la centralización del poder y la propiedad, así como la subordinación del campo a la ciudad.

El capitalismo no ha supuesto una mera etapa en el desarrollo social. Por el contrario, el despliegue de las fuerzas productivas, la técnica y la producción en general, es mucho mayor de lo que cabía imaginar en su momento. En consonancia, las transformaciones de la vida social también han tenido un avance explosivo. Vemos con ello que el desarrollo de la humanidad y la sucesión de los modos de producción, lejos de visualizarse como una línea recta ascendente, armoniosa y calmada, más bien se asemeja a una representación exponencial. En la página 17 a 18 de nuestra edición uno de los párrafos dice:

«La burguesía ha revelado que la brutal manifestación de fuerza en la Edad Media, tan admirada por la reacción, tenía su complemento natural en la más relajada holgazanería. Ha sido ella la primera en demostrar lo que puede realizar la actividad humana; ha creado maravillas muy distintas a las pirámides de Egipto, a los acueductos romanos y a las catedrales

góticas, y ha realizado campañas muy distintas a las migraciones de los pueblos y a las Cruzadas».

El Manifiesto del Partido Comunista nos explica cómo, con el desarrollo de las fuerzas productivas en el seno del feudalismo, llegó un momento en que las propias relaciones económicas feudales limitaban y entorpecían la continuidad de dicho desarrollo. Esa es la contradicción y por ella vivimos las revoluciones burguesas y la imposición definitiva del nuevo modo de producción, esto es, el capitalismo y el poder político burgués, que creó una nueva sociedad adecuada al grado de desarrollo de las fuerzas productivas y sus perspectivas futuras. Pero las relaciones económicas capitalistas no permiten un desarrollo eterno de esas fuerzas, sino que su naturaleza, representada en el trabajo asalariado, en la contradicción capital-trabajo, también sitúa un límite. La agudización de esa contradicción es la que señala, históricamente, el momento objetivo para la revolución socialista, aunque esta no se va a producir de forma espontánea y «natural» en ningún caso. De nuevo, no podemos caer en el determinismo histórico, porque como decíamos no somos receptores pasivos de la historia. El socialismo-comunismo solo llegará a través de la acción consciente del proletariado, de la clase trabajadora. Cuando decimos que el comunismo es la siguiente etapa de desarrollo no se espera que esta se genere sola. El sentido de la frase indica, más bien, que el comunismo es el único modo de producción que, a la vez que superará al capitalismo, también resolverá sus contradicciones, así como, en último término, suprimirá toda clase social y pondrá fin a la historia conocida: la de la explotación del hombre por el hombre. Así, es el paso siguiente «posible» al

capitalismo, pero no su consecuencia espontánea. El esfuerzo consciente y organizado del proletariado, en una dirección muy determinada, es lo que permitirá la constitución del socialismo-comunismo. Como ya hemos dicho antes, la forma en que Marx tiene de referirse al comunismo es, precisamente, como la reconstitución consciente de la humanidad.

Un claro ejemplo del agotamiento histórico del capitalismo son las periódicas crisis económicas del capitalismo, cuya frecuencia y profundidad son cada vez mayores. Para salir de estas crisis lo que suele hacerse es destruir fuerzas productivas (eliminar empleos y empresas, por ejemplo) y explotar nuevos mercados. También sobreexplotar los viejos. Es decir, es evidente que el capitalismo no puede contener, bajo sus relaciones económicas, ese gran desarrollo de las fuerzas productivas y requiere destruir una parte para reiniciar el ciclo. Esto conlleva una centralización mayor del capital, pues son los eslabones más débiles de la burguesía los que se ven destruidos en este proceso, pasando al campo del proletariado.

Ahora ¿por qué es el proletariado el que debe llevar a cabo esta revolución? El proletariado nace fruto de las relaciones económicas capitalistas. Su característica definitoria es que, desposeído de medio de producción alguno, debe vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario a los burgueses, quienes poseen esos medios. El trabajador es quien, con su trabajo, aporta valor a las mercancías producidas. Pero ese salario no refleja la riqueza creada, sino que es solo una parte (la mínimamente necesaria para volver a trabajar al día siguiente). El resto es apropiado por los capitalistas. La

burguesía existe gracias al proletariado, y el proletariado existe para sostener la forma de vida de la burguesía. Esta clase obrera, hija del capitalismo, es el grupo social llamado a suprimir las relaciones económicas capitalistas porque en ellas reside la razón de su miseria. Son sus «intereses objetivos», aunque esto no significa automáticamente que tengan una conciencia homóloga. Evidentemente, la clase obrera está fuertemente alienada en el capitalismo y asume como propia la conciencia burguesa. Este hecho, lejos de cualquier perspectiva conspiracionista, no es más un mecanismo natural en cualquier sociedad humana: cualquier modelo social educa a sus miembros en la ideología apropiada para sostener y reproducir dicho orden social, enunciando que la tentativa de cualquier transformación profunda de las relaciones existentes supondría el fin de la civilización. De no existir este mecanismo ideológico, ninguna sociedad se reproduciría orgánicamente después de unas pocas generaciones.

La clase obrera no puede, en ningún caso, eliminar la explotación dentro del capitalismo. El capitalismo existe gracias al trabajo asalariado, correlacionado con la propiedad privada de los medios de producción. Si eliminamos esa explotación y esa propiedad, ya no sería capitalismo. Por ello, es necesario superar el sistema, sustituyéndolo. Esta transformación no puede culminarse mediante un proceso gradual de reformas, que vayan moldeando la sociedad poco a poco, pues, como hemos visto antes, toda conquista depende de una correlación de fuerzas y ninguna clase en el poder accede de forma pacífica

a perder su posición de dominio ni su propia existencia como clase.

La dominación sobre la clase obrera va más allá del salario. El capitalismo sigue sangrando a los miembros de la clase trabajadora. El pago de alquileres a los rentistas; los seguros de casa, vida y salud; el coste del ocio y la alimentación; la ropa; etc. El capitalismo es un entramado que engloba la totalidad de la actividad social: cultura, política, economía, filosofía o moral. Ninguna esfera es ajena a las relaciones económicas vigentes. Es por ello por lo que, además, para eliminar toda forma de opresión de la sociedad no basta solo con cambiar las relaciones de producción, esperando que, espontáneamente, todas las instituciones y la cultura cambien solas. Por el contrario, hay que realizar un esfuerzo igualmente consciente para la transformación total de la sociedad. Pensar que basta con cambiar la economía y que lo demás vendrá solo es un claro ejemplo de determinismo, pero, específicamente, de determinismo económico. El marxismo habla de que la realidad social se subdivide en infraestructura y superestructura. La primera, lo económico, es decir, las relaciones materiales que fundamentan la sociedad. La segunda, lo político y cultural, que responde a la configuración de la infraestructura. Pero, si bien responde a ella, no hay una determinación unidireccional. Por el contrario, la relación es dialéctica: aunque la infraestructura condicione en última instancia, existe retroalimentación entre ambas esferas y cada una de ellas tiene su propia sustantividad. Para cambiar nuestras formas de asociación y de pensamiento hay que transformar primero la base económica, pero después continuar con la transformación

activa y consciente de todo lo demás, una vez la base material ya lo posibilita.

Hemos afirmado que hace falta un esfuerzo organizado y consciente para superar el capitalismo. Hace falta planificación y análisis. Por ello hace falta un Partido Comunista, que actúe como «vanguardia». Esta vanguardia no es más que el destacamento más avanzado de la propia clase obrera. No somos externos a nuestra clase, no hemos venido a salvar a nadie. Somos trabajadores y trabajadoras velando por nuestros propios intereses como clase, y para cumplir nuestros objetivos nos dotamos de una estructura propia e independiente: el Partido Comunista; que hace una política igualmente propia e independiente

Sobre el
capítulo

2º,

Proletarios y comunistas

Los comunistas son, como decíamos, el sector más avanzado del proletariado. Esto se señala en la página 26 de nuestra edición:

«Prácticamente, los comunistas son, pues, el sector más resuelto de los partidores obreros de todos los países, el sector que siempre impulsa adelante a los demás; teóricamente, tienen sobre el resto del proletariado la ventaja de su clara visión de las condiciones, de la mucha y de los resultados generales del movimiento proletario».

El partido no existe al margen de su clase ni de sus intereses. Su propósito es hacer valer los objetivos generales y comunes de los proletarios, más allá de las pequeñas luchas concretas, defensivas y de lo reformista del movimiento obrero. En todo su alcance sistémico e internacional. Esta idea es lo que más tarde, de la mano de Lenin, se materializaría en el concepto de «vanguardia» y sería puesto

en práctica por el Partido Bolchevique y el movimiento comunista de tipo marxista-leninista.

Nuestros objetivos, que en último término son derrocar la sociedad burguesa, no son invenciones ideales, sino expresión de la realidad material del capitalismo y de la vida de nuestra clase social, tal y como se señala en las páginas 26 a 27 de nuestra edición:

«Las tesis teóricas de los comunistas no se basan en modo alguno en ideas y principios inventados o descubiertos por tal o cual reformados del mundo. No son sino la expresión del conjunto de las condiciones reales de una lucha de clases existente, de un movimiento histórico que se está desarrollando ante nuestros ojos».

En último término, ese objetivo se resume en uno: abolir la propiedad privada sobre los medios de producción. Pero no, como dicen los bufones de la burguesía, abolir la propiedad en general. Los bienes personales, los bienes de consumo, producidos con nuestro esfuerzo o adquiridos con nuestro trabajo, nos pertenecen íntegramente. Esa suerte colectivismo no es patrimonio de los comunistas, sino de corrientes de pensamiento primitivistas, o de formas idealistas e incipientes de socialismo. Es uno de los reproches típicos contra el comunismo: quieren colectivizar hasta tu iPhone. Pero nada tiene eso que ver con nosotros. Precisamente, queremos acabar con el robo y la apropiación ajena de lo que nos pertenece a cada uno: nuestro trabajo; y aquello que debe pertenecer a toda la sociedad: los medios de producción.

A los comunistas se nos acusa de querer destruir todas las instituciones sociales, desde la cultura a la familia, pasando por la moral, la filosofía y cualquier otro elemento de la superestructura. Y es cierto. Pero solo en un sentido: destruir las formas de asociación que corresponden a la burguesía. Todas estas estructuras sociales no son ni universales, ni naturales ni neutrales, aunque nos hagan verlo de tal forma. Todas ellas se originan en las relaciones económicas vigentes o son funcionales a ellas, aunque no se hayan originado en la sociedad burguesa. No pretendemos eliminar lo existente y quedarnos ahí, sino superar sus formas actuales: en algunos casos, será suprimir lo caduco; en otros casos, generar lo nuevo, y, entre medias, no dejar de recoger toda la experiencia de la civilización humana a lo largo y ancho de sus distintos estadios sociales, preservando lo que merezca ser preservado. Este el sentido de la reconstitución consciente de la sociedad.

Las ideas dominantes de una época son siempre las ideas de la clase dominante, alcanzando cualquier fenómeno social, que se revela siempre como un constructo sujeto a transformación: desde la desigualdad de clases hasta la nación. Pero hemos de evitar lecturas erróneas. A raíz del determinismo económico antes mencionado, es equívoco creer que la primacía de la infraestructura supone que todo el constructo superestructural es poco más que una frágil cortina de humo, una ilusión. Nuestros constructos sociales son fuertes y sus dinámicas están naturalizadas en nuestro día a día. Tienen su propia sustantividad. Ni mucho menos basta con alterar la base material para que, mágicamente, se altere todo lo demás. A su vez, es equívoco negar las

sujeciones materiales de lo cultural. No hay una deconstrucción individual posible, que pueda transformar la conciencia colectiva a través de una red de voluntades individuales, sin alterar la base material de la sociedad. También hemos de evitar el historicismo. Hay fenómenos heredados de otras formaciones sociales, o hay debates comunes a casi todas las épocas. Nunca debemos ver la historia como una serie de departamentos estancos, aislados, absolutos.

Al final del apartado, los autores proponen una lista de medidas. Como decíamos en los prefacios, hay muchos elementos que estaban sujetos a un momento histórico muy determinado, propio de la fecha de elaboración del Manifiesto del Partido Comunista. Con el paso de las décadas, ese contexto ha cambiado y, por tanto, cosas como esta lista de medidas están, en lo concreto, bastante obsoletas. Pero lejos de ser erróneas, debemos apreciar su carácter general. Sí que sirven para hacerse una idea de qué camino debe tomar la «dictadura del proletariado», el socialismo, para construir la sociedad comunista.

Sobre el
capítulo

3º,

Literatura socialista y comunista

En este capítulo se describen las características de las primeras formas de movimientos y teorías autodeclaradas como socialismo y comunismo. La crítica que los autores lanzan contra ellos, diferenciándoles de nosotros y evidenciando su carácter reaccionario o utópico, son, en términos generales, caducas. No por no ser acertadas, sino por referirse a tipos de socialismo y comunismo que en nuestros días están superados, por mucho que puedan resonar en las concepciones actuales de socialdemócratas y pequeñoburgueses. Pero, al calor de esto último, se pueden rescatar algunos pasajes que pueden ser aplicados al reformismo contemporáneo. En el apartado sobre el socialismo pequeñoburgués, se critican aquellos intentos de restaurar las etapas iniciales del modo de producción capitalista, con la libre competencia como principal baluarte. Esto, en nuestros días, no es una tesis sostenida por ningún tipo de autodenominado socialismo, pero sí por algunos tipos de reformismo y liberalismo. Marx y Engels responden de forma muy sintética y directa ante ello, como podemos

leer en los dos párrafos finales del susodicho apartado, páginas 36 a 37 de nuestra edición:

«Sin embargo, el contenido positivo de ese socialismo consiste, bien en su anhelo de restablecer los antiguos medios de producción y de cambio, y con ellos las antiguas relaciones de propiedad y toda la sociedad antigua, bien en querer encajar por la fuerza los medios modernos de producción y de cambio en el marco de las antiguas relaciones de propiedad, que ya fueron rotas, que fatalmente debían ser rotas por ellos. En uno y otro caso, este socialismo es a la vez reaccionario y utópico. Para la manufactura, el sistema gremial; para la agricultura, el régimen patriarcal: he aquí su última palabra. En su ulterior desarrollo esta tendencia ha caído en un marasmo cobarde».

El apartado relativo al socialismo burgués o conservador, como excepción, resulta salvable en su mayor parte. En él podemos observar críticas que hoy son aplicables a la socialdemocracia y al socioliberalismo. Estas clases de socialismo —dicen Marx y Engels— solo buscan mitigar las injusticias sociales, con el resultado último de perpetuar la sociedad burguesa independientemente de que esto sea intencionado o no. Toman como sociedad ideal la ya existente, aunque depurándola de los elementos que la corroen, como si la naturaleza de estos no fuese orgánica, sino, utilizando una expresión actual, fruto de una mala gestión. En la página 40, uno de los párrafos lo expresa:

«Los burgueses socialistas quieren perpetuar las condiciones de vida de la sociedad moderna sin las luchas y los peligros que surgen fatalmente de ellas.»

Quieren perpetuar la sociedad actual sin los elementos que la revolucionan y descomponen. Quieren la burguesía sin el proletariado. La burguesía, como es natural, se representa el mundo en que ella domina como el mejor de los mundos. El socialismo burgués hace de esta representación consoladora un sistema más o menos completo. Cuando invita al proletariado a llevar a la práctica su sistema y a entrar en la nueva Jerusalén, no hace otra cosa, en el fondo, que inducirle a continuar en la sociedad actual, pero despojándose de la concepción odiosa que se ha formado de ella».

Mismo resultado tiene otra de las modalidades de ese reformismo. En la misma página, en el párrafo inmediatamente siguiente, lo vemos expresado:

«Otra forma de este socialismo, menos sistemática, pero más práctica, intenta apartar a los obreros de todo movimiento revolucionario, demostrándoles que no es tal o cual cambio político el que podrá beneficiarles, sino solamente una transformación de las condiciones materiales de vida, de las relaciones económicas. Pero, por transformación de las condiciones materiales de vida, este socialismo no entiende, en modo alguno, la abolición de las relaciones de producción burguesas — lo que no es posible más que por la vía revolucionaria —, sino únicamente reformas administrativas realizadas sobre la base de las mismas relaciones de producción burguesas y que, por tanto, no afectan a las relaciones entre el capital y el trabajo asalariado, sirviendo únicamente, en el mejor de los casos, para reducirle a la burguesía los gastos que requiere su dominio y para simplificarle la administración de su Estado».

El último apartado del capítulo, referido a las formas utópicas de socialismo y comunismo, no encuentra hoy por hoy correspondencia con fuerzas políticas contemporáneas, pero nos sirve para recalcar la clave del pensamiento marxista en calidad de comunismo científico: no genera sus propuestas a través de ensoñaciones, sino fruto del análisis material de la sociedad. Es decir, de la aplicación del método y conocimiento científicos al estudio de nuestro mundo. Pero no solo para su comprensión, sino también para su transformación. La especulación puede ser muy potente para imaginar otras posibilidades en el mundo social, lo que en algunas ocasiones ha llevado a aventurar con acierto aquello que posteriormente se ha confirmado como una adecuada propuesta política y social, pero solo es el desarrollo de la historia, de las condiciones materiales, lo que definitivamente abre las puertas y marca el camino, en sus tendencias y límites, para la transformación del mundo. Del análisis de esa realidad es del que hemos de partir siempre.

4^o

Actitud de los **comunistas** ante los **otros partidos** de la oposición

Como el propio Engels ya avisa en los prólogos, este apartado quedó notablemente desfasado con el paso de los años. No lo modificaron por su valor histórico y, por la misma razón, tampoco está excluido en la edición con la que trabajamos. En cualquier caso, presenta poca utilidad positiva para nuestros días, con la salvedad del párrafo que cierra el Manifiesto del Partido Comunista. Aparece en la página 44 de nuestra edición y dice así:

«Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar».

Anexo I: glosario

En este glosario situaremos algunos conceptos que aparecen tanto en la obra como en la guía, explicados escueta y claramente. No se pretende dar definiciones detalladas, sino que sirva como recurso para quienes no estén familiarizados previamente con algunas definiciones.

Lucha de clases: Expresión del conflicto entre las clases explotadoras y explotadas que coexisten dentro de un mismo sistema socioeconómico. Sería la manifestación, por tanto, de los diferentes intereses que enarbolan cada una de estas clases. Este sería el fenómeno que de forma más acelerada produce el progreso histórico, por lo cual sería definido por Marx y Engels como el «motor de la historia».

Proletariado: Es una de las principales clases sociales en el capitalismo. Se caracteriza por carecer de propiedad sobre los medios de producción, por lo que se ve obligada a vender su fuerza de trabajo para poder subsistir. Esa condición es la que le hace ser la clase objetivamente más interesada en superar revolucionariamente el sistema socioeconómico capitalista.

Burguesía: La burguesía es una clase social cuyo origen está en la sociedad feudal. Sería en primer lugar una clase urbana ligada al comercio, la manufactura y la banca. Esta clase fue tomando un peso muy importante en la sociedad feudal, pero estaba desposeída del poder político en manos de la nobleza. Con su consolidación como clase se generaron a su

vez una ideología con un proyecto de sociedad propio que entraba en contradicción con los intereses de los nobles. Finalmente, esta lucha de clases finalizaría con el triunfo de las revoluciones burguesas y con el ascenso de la propia burguesía al poder. La burguesía pasó a ser la clase dominante en el sistema de producción capitalista, siendo la poseedora de los medios de producción.

Fuerza de trabajo: Energías y capacidades físicas e intelectuales que tiene un ser humano para llevar a cabo un determinado trabajo. Bajo el capitalismo, esta se vende al burgués a cambio de un salario, que nunca se corresponde con el total de la riqueza realmente producida. La fuerza de trabajo es lo único que posee el proletariado.

Socialismo-comunismo: Serían las dos fases de la sociedad comunista, siendo el socialismo la fase inferior y el comunismo su fase superior. El socialismo es el período transicional de establecimiento de la propiedad social sobre los medios de producción, de la supresión de las clases sociales y de la planificación de la economía, todo ello bajo la dictadura del proletariado, con el partido comunista al frente. Al ser una fase de transición entre el capitalismo y el comunismo, algunos de los elementos de la sociedad burguesa perviven, a nivel económico e ideológico. Es en este periodo es donde se dan las transformaciones necesarias para la consecución del comunismo. El comunismo, como fase superior de este proceso, sería el estadio en el que se han superado todas las características de la sociedad capitalista, eliminando todas las contradicciones heredadas de sistemas sociales previos, como lo son la contradicción campo-ciudad o la de trabajo

manual-intelectual. Bajo el comunismo se hace realidad la máxima de *«de cada cual, según sus capacidades, a cada cual, según sus necesidades»*. La transformación radical del trabajo conllevará una transformación de la sociedad y la cultura, volviendo inútiles los viejos aparatos de dominación. En el proceso, se extingue el Estado y es superado por la «comuna» como forma de organización social.

Medios de producción: el conjunto de objetos y medios de trabajo: las máquinas y herramientas, los talleres, oficinas y fábricas, las materias primas, etc. Se diferenciarían entre objetos de trabajo e instrumentos de trabajo: los primeros serían las materias a transformar en el proceso de trabajo, como lo podría ser la tierra o un metal; los segundos serían el conjunto de elementos que se utilizan en la transformación de los objetos de trabajo, como podrían ser máquinas, herramientas o edificios. Estos medios de producción y su grado de desarrollo, en combinación con las «relaciones de producción», definen un «modo de producción» dado.

Relaciones de producción: los hombres no pueden producir aisladamente, sino que precisan cooperar. Solo en común, organizándose en una sociedad, es como se satisfacen las necesidades. El trabajo es, en relación con esto, social. Decían Marx y Engels que la producción y reproducción de la vida precisa siempre de la cooperación de diversos individuos; que todo modo de producción lleva aparejado un modo de cooperación. Solo a través de estos vínculos y relaciones sociales es como nos relacionamos con la naturaleza y como efectuamos la producción. Estas relaciones que establecen los hombres en el proceso productivo constituyen las relaciones de producción.

Capitalismo: modo de producción que se funda sobre la propiedad privada de los medios de producción y en la explotación del proletariado, que desprovisto de todo salvo su capacidad para trabajar se ve obligado a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. La fuerza motriz del capitalismo es el beneficio que se extrae de la plusvalía que genera el proletariado, que permite continuar el ciclo de reproducción del capital. La economía capitalista se caracteriza por la anarquía en la producción, lo cual desarrolla crisis periódicas de sobreproducción. Estas crisis provocan una destrucción de fuerzas productivas (se cierran empresas y se despiden trabajadores), lo cual permite generar otro periodo de crecimiento. Pero no desde el mismo punto, pues en el proceso los capitalistas peor posicionados se habrán visto arruinados. Su espacio lo ocuparán los capitalistas supervivientes a la crisis, aumentando así el grado de concentración del capital.

Mercancía: Producto del trabajo destinado a su intercambio mercantil por otros productos del trabajo, siendo un intercambio mediado no por su utilidad concreta, sino por su capacidad para ser intercambiado por otros bienes, esto es, por su valor de cambio. En este sentido, el trueque no implicaría mercancías, porque prevalece el valor de uso que tienen los bienes en cuestión para cada una de las partes, no su valor para ser cambiado por otros bienes. A su vez, los bienes producidos para el consumo propio, como lo pueden ser las hortalizas de un huerto que van a comerse, o regalarse, tampoco serían mercancías, en tanto a que su finalidad no es el intercambio, sino el aprovechamiento inmediato de su valor de uso.

Colectivización: Proceso bajo el cual se elimina la propiedad privada de los medios de producción, pasando a ser propiedad del conjunto de la sociedad; y sus frutos están dirigidos a satisfacer las necesidades de esta. Es un proceso que se da en la transición del capitalismo al comunismo.



**Colectivos
de Jóvenes
Comunistas**
